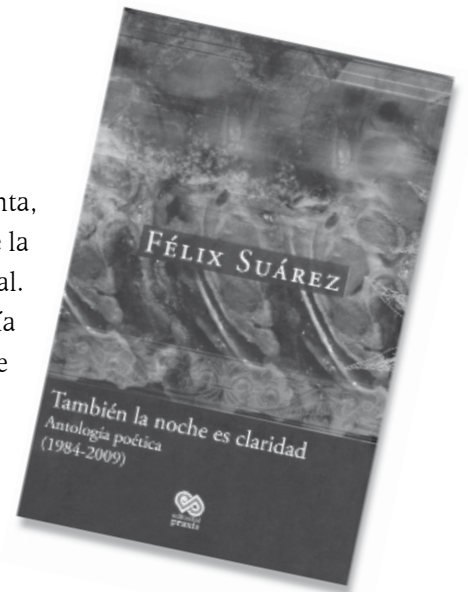


También la noche es claridad o Félix Suárez en su poesía

D

Desde la invención de la imprenta, y aun antes, la selección de textos dignos de la posteridad constituyó una actividad habitual. Aunque se trata de una especie de autoría vicaria, pero autoría al fin, el antólogo cumple con frecuencia una función canonizadora, pues el resultado emana del discernimiento: primero la recepción, luego la selección y, finalmente, la [re]producción. A caballo entre la creatividad y la crítica, el antólogo también asume el papel doble de continuador de una tradición literaria determinada y el de creador de nuevos rumbos estéticos y hasta ideológicos. En el primer caso, puede no sólo reforzar el gusto literario de la época, sino contribuir a su difusión entre los escritores por venir; en el segundo, se constituye en la plataforma de individuos o grupos subalternos que buscan un espacio, a contracorriente de la tradición, en el escenario dominante, tal vez con la intención de afincarse como *la* tradición.



Félix Suárez,
También la noche es claridad.
Antología poética (1984-2009),
Praxis, 2009.

Coleccionar unos textos implica, sin remedio, descartar otros. Esta condición que antes podría ser achacada a la desmemoria, pues a menudo se recopilaba de la tradición oral, hoy resulta una toma de posición, un

ejercicio del criterio: simpatías y diferencias que pueden ir más allá de lo puramente estético.

En este ámbito de las antologías poéticas, más raras resultan las autoantologías que, *a fortiori*, constituyen una trampa del poeta, quien *determina* la recepción de su obra, probablemente actualizada, y construye una imagen uniforme de su devenir: las de Juan Ramón, las de Borges o las de Arreola resultan casos paradigmáticos. Qué criterios sigue un autor que selecciona, a su juicio, sus mejores páginas; más aún cuando, como el autor de *El aleph*, privilegia siempre un verso y no un poema, un poema y no un libro de versos, unas páginas de otros autores o de su propia cosecha: en diciembre de 1919, escribe a Abramowicz: “A veces pienso que es idiota tener esta ambición de ser un hacedor más o menos mediocre de frases”; luego confiesa al mismo remitente: “Me hundiré dejando como únicos pecios 2 ó 3 metáforas” (20/ago/1920). El mismo tono adopta cuando, en agosto-septiembre de 1923, habla de los poemas de *Fervor* a Jacobo Sureda: “En *Fervor de Buenos Aires* estimo buenos ‘Llaneza’, ‘Calle desconocida’, ‘Remordimiento’ y ‘Trofeo’. Los demás que los firme Juan Alomar” (*Cartas del fervor*, pp. 69, 95 y 229).

Así Félix Suárez, quien al parecer se ha forjado en la rigurosa escuela de la *desescritura*: la antología que publica como celebración de sus 25 años de poeta —mejor dicho, de la publicación de su primer poemario, *La mordedura del caimán*— no es más que la piedra de toque de un largo experimento que ha ido de la reescritura (como se desprende del palimpsesto de cada nueva edición) a la decantación, por no emplear el término corriente de *supresión*: de versos, de tiradas o de poemas enteros a lo largo de un cuarto de siglo. Félix escribe desde hace más de 25 años, sin embargo: poeta precoz, acaso, y el de mayor proyección a la fecha, no en vano los

justos premios y las autocaníbales reediciones de sus libros.

Hace más de diez años escribí sobre Félix que “entre otros temas recurrentes en la obra del poeta comentado se hallan la alusión bíblica (acaso más como fuente), la fugacidad del amor y del tiempo mismo, la mutación de los sentimientos, la inarmonía de los amantes, la nostalgia del pasado y del futuro (por eso aquello de ‘Así que en esto acaba todo, / me pregunto’). Aunque domina sobre todos éstos uno más abarcante, la melancolía, la ‘terca melancolía’”.

Hoy, la lectura de *También la noche es claridad. Antología poética (1984-2009)* ratifica, por un lado, mi apreciación; pero, por otro, la rectifica: hay a lo largo de esta colección una especie de conciencia fracturada que se atreve a celebrar los dones de la vida (el amor, la paternidad, la contemplación...) al mismo tiempo que siente la mordedura del tiempo y sus avatares: “Triste verdad: no somos nada” expresa en “Pájaros” o la variante de “In memoriam”: “Con una oscura conciencia / de animal escarnecido / lo voy sabiendo: / no duramos”. Luego la certeza se suaviza con un tono de humor negro: “Polvo y ceniza nos caen del cielo”.

Precisamente el polvo y la ceniza que “nos caen del cielo” reafirman que si bien “lo bailado nadie nos lo quita”, la vuelta al principio de todo, la arcilla originaria también espera al final, con sus intersticios: la constancia de los días con su peso de piedra (Sísifo, quizá, a la medida de todos), los amaneceres acompañados pero solitarios (los de las batallas perdidas), la añoranza del terruño con su gente, en fin, la fascinación de estar a solas con el corazón “en una noche inmensa”.

El oxímoron del título, así, adquiere sentido: la tierra podrida del “azolve [que] se espesa entre los dos”, el “tizne y [los] carbones”, “el polvo conmovido”, el hollín, la sal, la arena, los sedimentos, la caliza, las “breves brasas”,

la ceniza, el salitre, encarnan sinécdoticamente al hombre que vive y sufre y goza y se desangra investido de poeta; mas también su caducidad: el regreso al polvo, la muerte fértil con que el destino corona la existencia. No únicamente *la noche es claridad*, también la claridad encierra sus tinieblas. Por ello, después de que el poeta se extasía con el espectáculo de la naturaleza, solicita la humildad de su amada, que vuelva los ojos al suelo y mire la marca del porvenir:

Miraremos el cielo
detenidamente mientras pasa.

Lo veremos cruzar por una sola vez,
en una sola noche. Juntos.

Bajaremos los ojos después,
los mancharemos con polvo,

para que el cuerpo, mujer,
no olvide en esas horas su destino.

(“El cometa”)

Otro motivo que cruza la poesía de Félix Suárez radica no sólo en las alusiones bíblicas, como me parecía, sino en una recurrencia a la cultura clásica: ahí están los mitos griegos personificados por un Sísifo cautivo de la noria de los días:

La misma cantilena de mis actos,
un ir y venir tras la piedra,
tras el esfuerzo que derrapa, insostenible,
en el penúltimo escalón.

O bien la variante del poema “1” de *En señal del cuerpo*: “y rodaré todos los días, celosamente, / la piedra oscura de mis actos”. También Edipo y la Esfinge, enfrentados otra vez, aparecen para recordar que aquél más que un monstruo condenado por la *hybris* era un sabio: “Parlamentar igual que Edipo / con voz de sabio”.

Sobre la cultura romana los ejemplos sobran, desde la admiración de Félix por Catulo, a quien rinde homenaje en *Pelears*, hasta la inclusión de algún término estrictamente latino en obras

como *Legiones* (que, en honor al rótulo, el poeta puebla con la onomástica romana: Alcibíades, Ripio, Clodia, Lidia, Apolonio, Flavia, Marcus, Lyvia, Quintiano...). Reproduzco, enseguida, un poema en que el estilo epistolar de la poesía clásica romana resulta honrado:

En efecto, Ripio,
¿en qué habrías de usar tú una espada,
el filo de una daga,
el coraje constante
con el que en otro tiempo
edificó Roma
hombradía y fama?

Te bastan, dices tú, dices bien,
una bien entrenada lengua,
la boca de infalibles dardos
que aseguras tener,
esa con la que a un tiempo
das mamadas a los criados del César
y difamas.

(“Ripio”)

También *Las vestales del naranjo*, cuyo adelanto ofrece Félix en esta antología, tiene el cuño de Roma: las sacerdotisas de la diosa romana del hogar, Vesta, se encargaban de mantener encendido el fuego del templo donde aquélla era venerada. Así, las vestales mantienen no sólo tibio el hogar, sino iluminado, con lo que contribuyen a que también la noche sea claridad.

Finalmente, considero que la sustanciosa brevedad del libro que aquí comento refleja el carácter de su autor: parco en las palabras, pero cuando las concreta en el papel se aprecia el placer de haberlas deletreado, masticado casi, antes de hallar entre ellas la música, el tono, la eufonía y, por si fuera poco, un cúmulo de significados que el lector asocia con algún estado de ánimo permeado por la melancolía, la desolación, los sentimientos encontrados, la desesperanza, acaso: nunca con la euforia ni, mucho menos, con la insolencia o la arrogancia. LC